

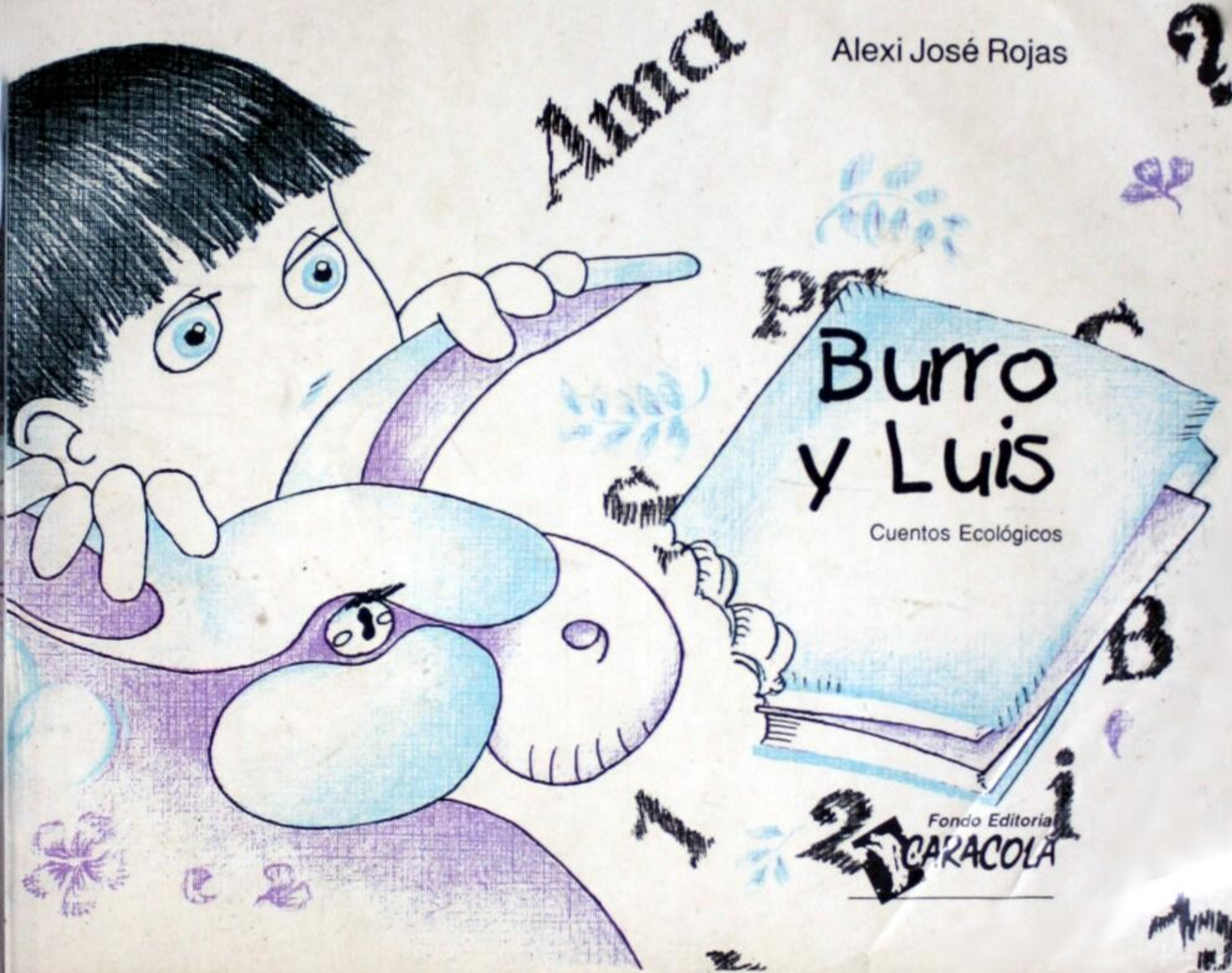
Alexi José Rojas

Burro y Luis

Cuentos Ecológicos

Fondo Editorial

CARACOLA





**FONDO EDITORIAL CARACOLA 1993
ASOCIACION DE ESCRITORES DE LA GUAIRA
CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA (CONAC)
FUNDACION PANARIGUA**

BURRO Y LUIS

Alexi José Rojas

Ilustraciones:

Luisa M. Ferrer Paredes S.E.

Diseño, Diagramación y Montaje de textos:

FEDES comp.

Tlf: (02) 626150

Impresión:

© FONDO EDITORIAL CARACOLA, S.R.L.

Apartado Postal N° 35, Maiquetía 1161-A

Municipio Vargas, D.F.

VENEZUELA

Tlf: (031) 29145

Depósito Legal N° ISBN 980-6193-24-5

IMPRESO EN VENEZUELA

PRINTED IN VENEZUELA

PROHIBIDA LA REPRODUCCION TOTAL O PARCIAL DE ESTA OBRA SIN LA AUTORIZACION DEL AUTOR O DEL EDITOR.

Agradecimiento

Expresen nuestras palabras el alto espíritu de agradecimiento de la Asociación de Escritores de La Guaira (Municipio Vargas) para con el Consejo Nacional de la Cultura (CONAC), su Dirección Sectorial de Literatura quién, sabiendo apreciar el esfuerzo intelectual de los escritores guaireños, ha sido solidario prestando su colaboración a los proyectos editoriales que le presentara la AELG, con el beneficio de los convenios de la Federación de Asociaciones de Escritores de Venezuela CONAC, a través de un subsidio para la edición de la presente obra, manifestando con ello su búsqueda permanente para traducir el verdadero potencial de una literatura guaireña con hondas raíces en la historia literaria venezolana y latinoamericana.

Agradecemos igualmente a la Fundación PANARIGUA, su aporte para la edición de la presente obra, dando su contribución al desarrollo de la literatura guairreña.

Por la Asociación de Escritores de La Guaira

Humberto Gómez García
Presidente

5 Prólogo

En el libro de cuentos de Alexi José Rojas, "Burro y Luis", que hoy tenemos el honor de prologar, el alma guaireña de un ecologista, de un hombre de gran sensibilidad y espíritu humanista se percibe en cada línea, en cada narración.

Es una serie de cuentos escritos en diferentes épocas y podemos darle una ubicación literaria como de mitología ecológica donde la naturaleza se humaniza a través de la magia literaria. De nuevo el barroquismo latinoamericano nos trae el realismo mágico, literatura exhuberante donde la naturaleza, maltratada por el hombre de manera implacable, toma forma "humana, y, digámoslo así, contraataca la irracionalidad y presenta sus propias propuestas a través de un lenguaje poco convencional donde el autor se vale de la literatura para una contundente denuncia.

Los cuentos de este bello libro, pueden ser leídos por niños, por jóvenes y por adultos, pues estos llevan una fuerte carga de los códigos de expresión de los niños, códigos aprendidos por el autor en su larga trayectoria del trabajo literario con los niños allá en su escuela rural de Tarmas, con la gran experiencia que fue la revista de literatura "El Tarmeño" que duró 7 años saliendo.

Estos cuentos reivindican la naturaleza en su esplendor y a ella el autor rinde culto y ese amor lo transmite a los niños, que con toda seguridad cuando los lean verán que Alexi es parte integrante no ya de los cuentos por él escritos, sino de la naturaleza misma, y con indisimulado orgullo asume esa armonía.

Hay en las narraciones que hoy publicamos, un poco del "hacer colectivo", es decir, que otras personas, seamos escritores, o sean los propios alumnos de Alexi en su escuela Tarmera, hemos sido involucrados en las narraciones, sea a través de opiniones, de la participación en talleres literarios. Opiniones, juicios de valor, críticas, opiniones varias fueron emitidas por muchas personas vinculadas al autor en la elaboración de estos bellos trabajos. No son narraciones al alimón, pero sí está el juicio crítico que en sus mejores expresiones fueron incorporadas por el autor a sus cuentos cuando lo consideró necesario.

A los niños que lean estos bellos cuentos donde la naturaleza es el personaje principal, aún cuando no el único, espero los deleiten y les trasmitan las enseñanzas, la delicadeza y el amor por ella como lo hicieron conmigo.

No podemos dejar de comentar esta bella obra, sin referirnos a los igualmente bellos dibujos de una exquisita y delicada artista, la pintora Luisa Ferrer, quien con indescifrable amor ha hecho aún más bellos los breves relatos. No podía ser de otra forma, pues esta magnífica compatriota, mujer de honda sensibilidad y enorme sutileza, es pluma de ave cantora, rayo de sol mañanero, celaje de luna llena y cuando su corazón atrapa los colores o las fantasías, lo hace con una carga admirable de belleza estética.

Pero Luisa no sólo ilustró los relatos del libro de Alexi, hizo la portada, concibió el diseño y con amorosa ternura unió textos, dibujos, diseños y de allí salió la presente obra.

Felicitemos al Alexi narrador de cuentos infantiles, mejor dicho, hacedor de fantasías y sueños, una presea más a su incansable labor de artista, poeta, historiador, ecologista, arqueólogo y maestro.

Humberto Gómez García

Presidente de la Asociación de Escritores de La Guaira y Director de la Revista Caracola.
La Guaira, 26 de Agosto de 1993

Burro y Luis

Erase una vez un niño que quería estudiar, pero en el pequeño pueblo donde vivía, no había escuela y su familia no podía mandarlo a otro lugar para que estudiara debido a su pobreza. Aquel niño era muy inteligente, por eso quería estudiar. Se la pasaba haciendo aviones con paletas de helados, carritos con laticas de sardinas y cauchos de clemón: todo un ingeniero constructor.

Un día muy temprano, corrió a dar un beso en la frente a su madre que aún dormía y otro a su papá, que roncaba como un león. Luego se marchó a otro pueblo donde existieran escuelas, ya que su mayor deseo era estudiar. Llegó a un poblado algo distante, caminó por sus encementadas calles, subiendo y bajando por caminos polvorientos sin hallar la escuela (porque no la conocía).

Cansado de caminar preguntó a algunos adultos que habitaban el lugar, pero éstos continuaban su acelerado caminar y no le escuchaban. Sintió sed y decidió ir hasta un río cercano que había visto a la entrada del pueblo; tomó agua y se sentó a descansar. En eso, un burro que también fue a beber agua, se impresionó al verlo, porque su cara era desconocida en el lugar; con curiosidad el burro le preguntó quién era él.

- ¡Ah, pues! Yo soy Luis. Vengo buscando una escuela pero no la encuentro.

- ¿Pero ya caminastes por el pueblo? Allí hay una muy grande y bonita -le dijo el burro.

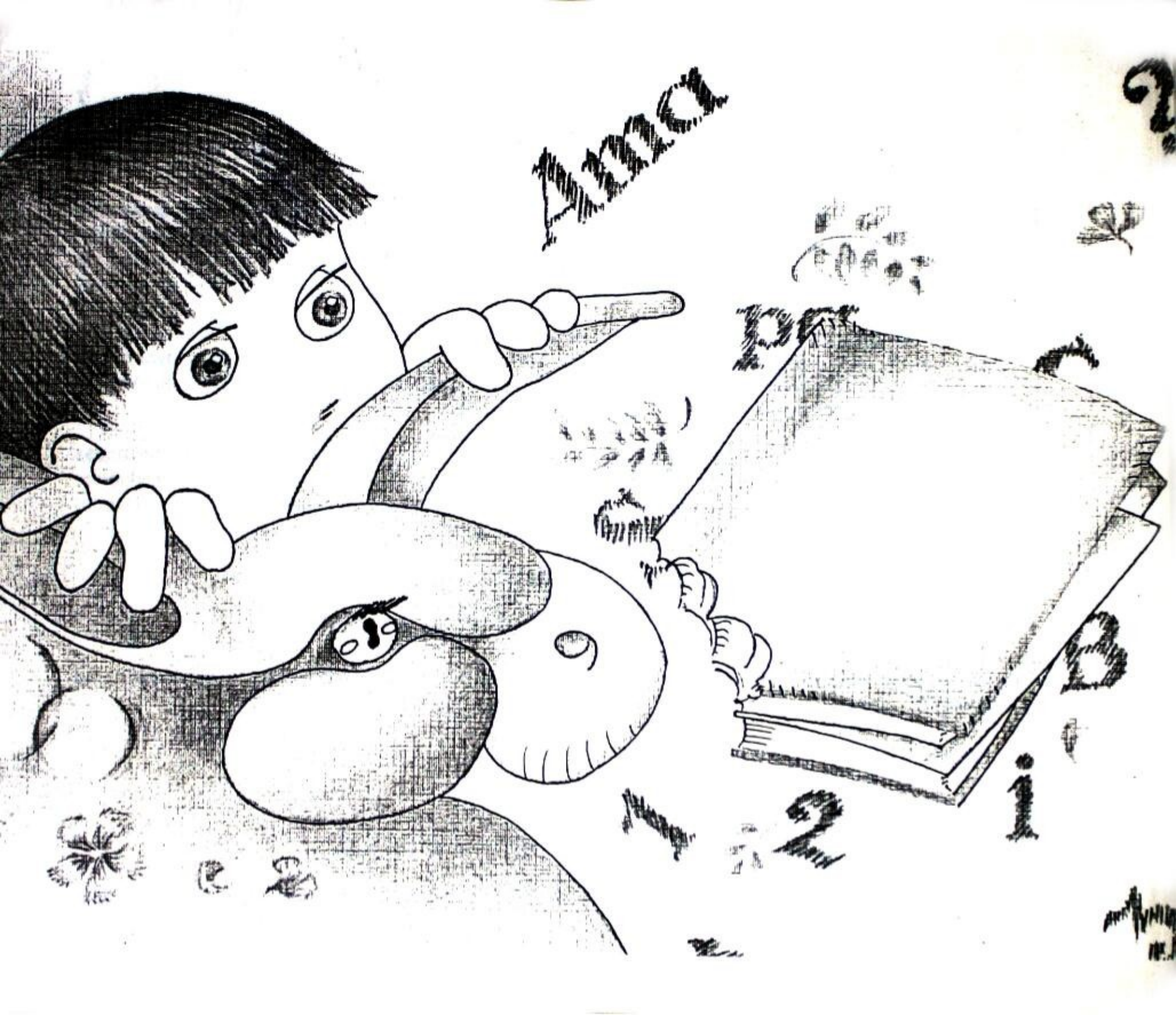
- Es que yo no la conozco. Nunca he visto una. Pregunté y nadie me escuchó. Aquí todos andan como apurados.

- Vamos, yo te llevaré.

El burro lo condujo camino al pueblo y frente a la escuela le dijo:

- Mira ésta es la escuela, entra y habla con las maestras. Yo te espero aquí.

Luis entró muy contento, pero algo asustado. ¿Qué les diré? se preguntaba. Mientras tanto, Burro se comía



un libro que habían botado frente a la escuela; por eso era tan inteligente ese animal. El no botaba los libros, se los comía y así aprendía muchas cosas. Cuando ya casi terminaba de comerse las últimas páginas, vio a Luis que salió de la escuela. Al ver la cara del niño, dejó caer los restos del libro al suelo. La tristeza se reflejaba en los ojos brillantes, infantiles y lagrimosos de Luis.

- No me aceptan... tengo que venir con un representante ¿Tú podrías servirme? -preguntó Luis a Burro.

- ¡Claro que sí! -respondió éste con entusiasmo- Vamos.

Pero no lo aceptaron ¿Cómo van a aceptar las maestras a un inteligente burro como representante de un niño que hasta viene sucio?

Entristecidos se fueron a las afueras del pueblo donde vivía el amistoso animal.

- ¡Mañana iré de nuevo! -dijo Luis a Burro- No te preocupes, voy a lavar mi ropa en el río y verás que bien me veo. Seguro que me aceptan.

Pero tampoco lo recibieron. Entonces, Luis acudió a la escuela por varios días. Tanto insistió en que fuera aceptado en clases, que una maestra de Primer Grado, observando su interés, aceptó recibirlo en el salón.

Muy alegre pasó el resto de aquella hermosa mañana.

Pasaron los días, uno tras otro, y Luis se sentía relegado, ignorado, abandonado; pero insistía en asistir y escuchar cada clase con mucho interés. Estudiaba y, sin embargo, no aprendía a leer, tampoco a escribir, buscaba fórmulas para aprender sin lograrlo.

- ¡Si me explicaran cómo hacerlo! -le decía a su amigo Burro- Si al menos me vieran, tal vez leería en sus ojos cómo hacerlo. Pero en la escuela ni siquiera me hablan. Estoy solo.

- No te aflijas, los demás lo lograron y tú también lo harás -le decía Burro para alegrarlo un poco-. A lo mejor así es como se aprende, ése debe ser el método.

Cierto día salió de la escuela pensativo. Su deseo no se realizaba, quería aprender y no podía. Sin darse cuenta tomó otro rumbo. Reflexionaba, pensaba, meditaba, trataba de buscar una respuesta; sabía que era inteligente. Pero ¿cómo encontrar la forma de que lo atendieran...?

Después de mucho caminar, se sentó bajo la sombra de un árbol a descansar. Allí continuó su meditar. ¿Por qué no aprendo como los demás niños? Esta pregunta golpeteaba en su cabeza una y otra vez. De pronto vió un gusanito que subía por el grueso tronco del árbol donde se encontraba recostado; se entretuvo observándolo detenidamente. El gusano sintió su mirada y lentamente se volteó observando fijamente al muchacho.

- ¿Quién eres? -preguntó el gusano con voz chillona.

Luis le contó al gusanito su historia y, cuando al final le comentaba el por qué de su presencia en aquel pueblo, se dió cuenta de que el gusano se había transformado en un hermoso lápiz. Por uno de los ojos del gusano convertido en lápiz, penetró Luis a otro mundo. Era un lugar muy bonito y extraño, donde todos los Maestros son los árboles, que comprenden y atienden muy bien a los niños, los cuales aprenden a leer con facilidad. Las flores son las madres de los niños; ellas son excelentes compañía y ayuda, dan cariño y amor a los niños y éstos aprenden a escribir y realizan sus deberes con entusiasmo.

Los padres de los niños en aquel mundo son los pájaros multicolores, que les brindan su amistad y dedicación. Por eso en aquel mundo todos aprenden muy rápidamente. Luis estaba muy contento, al fin podía leer y escribir. Decía para sus adentros: ¡Qué contento se va a poner mi amigo Burro cuando lo sepa! Le escribiré una carta a mamá y a papá contándoles todo y los invitaré a venir ¡Sí señor!

Con los árboles, las flores y los pájaros como Maestros, aprendió cosas hermosas, sobre todo a comunicarse. Por el mismo ojo por donde había entrado salió contento, riendo, cantando, leyendo y escribiendo. Se despidió del gusano-lápiz y buscó el camino a la casa de Burro.

Cuando llegó, Burro ya no estaba. En la vivienda encontró un bulto construido con cuero de burro, los broches eran los huesos de burro, las asas eran las orejas de burro y en su interior estaban todos los libros que burro se había comido. Inexplicablemente Burro se había transformado. Impaciente esperó el día y, más temprano

que nunca, se fue para la escuela llevando su bulto nuevo -que todavía conserva como su mayor y más preciado tesoro.

Empezada la clase, como de costumbre, estuvo solo. Abrió su bulto-burro, sacó su cuaderno, su lápiz-gusano y comenzó a escribir un cuento hermoso que aprendió con los árboles, las flores y los pájaros.

Cada palabra que dibujaba en su cuaderno, saltaba y caía en el cuaderno de otro niño. Así todos fueron invadidos, atacados y abrazados por estas palabras que permitieron a todos ellos tomar sus lápices mudos y comenzar a escribir bellos cuentos. La maestra quedó impresionada. Luis le explicó cómo le habían enseñado en aquel mundo y ella aprendió a enseñar realmente a otros niños como él. También se dedicó a enseñar a las otras maestras y los niños enseñaron a sus padres.

Desde entonces las maestras y los padres viven para enseñar y, desde aquel día, los niños van por el mundo enseñando, invitando y escribiendo cuentos hermosos.

Luis regresó a su casa con sus padres y construyó una escuela. En el patio central colocó una fuente de agua clara, un jardín con muchos árboles, plantas con flores y muchos pájaros.

La Mensajera

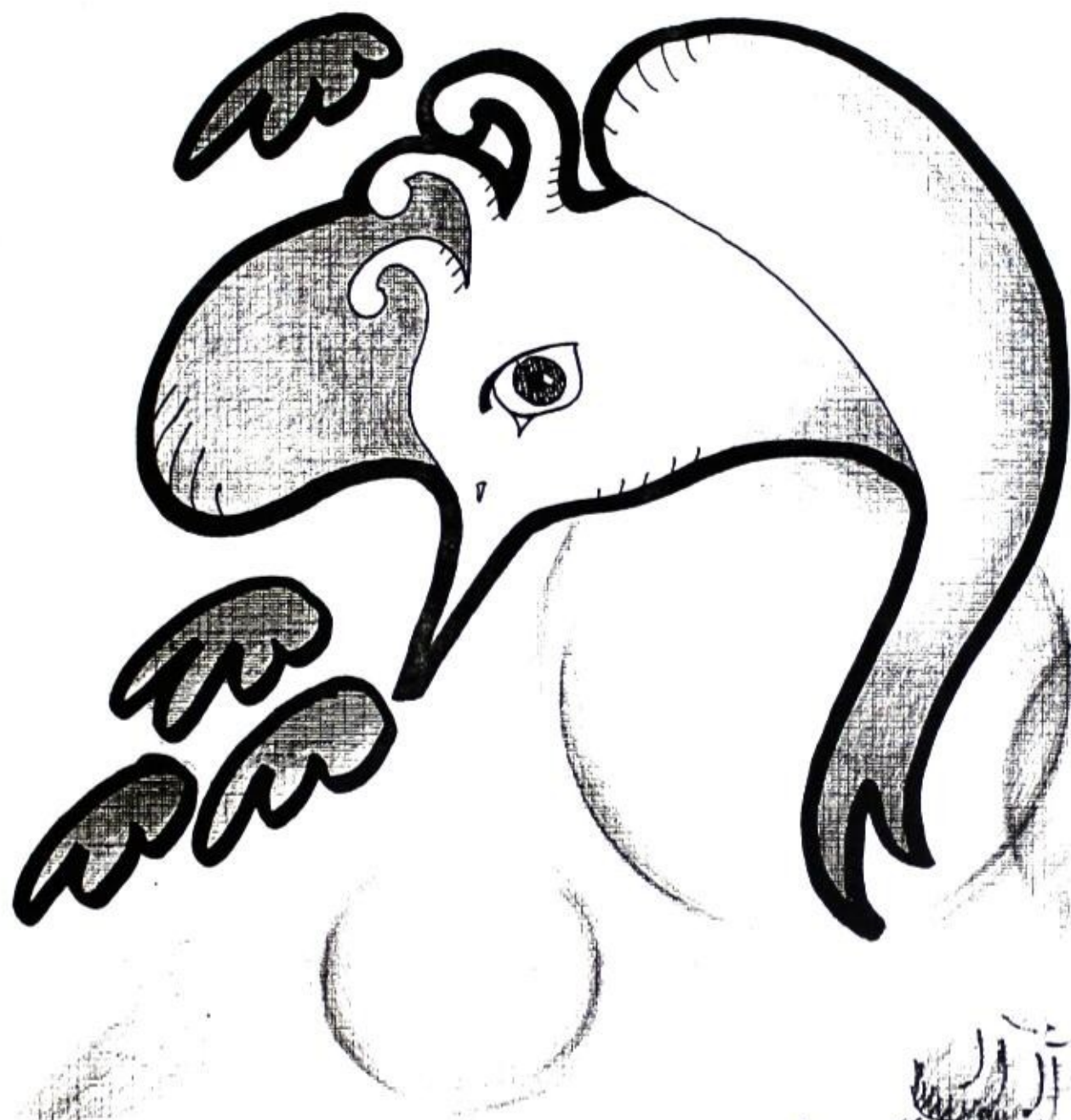
Ayer, como de costumbre, me saludaron las guacharacas, las tortolitas, los torditos, el fumento, el pico'e plata y el caricare que se enamoró de una gallineta prófuga de un corral vecino; también ví al zamuro, siempre igual... me ve pasar y no me saluda. Sentí deseos de detener mi rumbo y lo hice; me detuve a un lado del camino, allí espere el canto de mi amiga guacharaca, pero ella llegó sin decir palabra alguna. Llegó como indispuesta, su mirada estaba triste, su plumaje ya no lucía la vistosidad de otras veces. Aquéllo me impresionó, siempre la observé tan elegante, tan fina, tan hermosa. Muchas veces me preguntó cuántos disfrutarán como yo de su belleza. Venía sola, cosa extraña. Luego comprendí su proceder: era portadora de desagradables noticias. Se posó a mi lado, permaneciendo quieta, callada, como si temiera o no deseara aquel encuentro.

Su mirada profunda recorrió todo el lugar y me hizo confidente de sus desvelos y pesares. Me informó en su voz de guacharaca, que había sido seleccionada para comunicarle al hombre el daño que éste estaba causando con la destrucción de sus viviendas, la muerte de sus crías y el deterioro incontenible de todo su hábitat.

Muchas veces había intentado hacerlo -contaba mi amiga guacharaca- pero había fracasado, siempre resultaba atacada, la amenazaban con ser sometida a prisión y hasta habían intentado darle muerte; total, era imposible toda comunicación entre ella y el hombre. Por eso su aspecto de tristeza y hasta el brillo de su cuerpo había desaparecido.

Picoteó el suelo a su alrededor, movió suavemente las plumas de sus alas y continuó contando. Yo tan sólo escuchaba sintiendo por momentos vergüenza por el mal proceder de mis semejantes.

- Todo comenzó hace mucho tiempo, cuando vinieron unos hombres destruyendo todo. Su trabajo era duro y avanzaba poco; sin embargo, fueron penetrando el territorio virgen de nuestras comarcas, lugares hermosos, donde vivimos desde que empezamos a ser. Día tras día todo fue ruido y destrucción; por eso nos reunimos y planificamos lo que podíamos hacer para convivir con el nuevo vecino, pero éste nunca vivió aquí; sólo construyó caminos para animales de cuatro ruedas que producen ruido y contaminan el ambiente:



cuando pasan levantan una polvareda que llega hasta las hojas de los árboles impidiéndoles respirar con normalidad conduciéndolos a una muerte lenta y segura.

- Tratamos nuevamente de comunicarnos con el hombre -continuó contando la triste guacharaca- pero los resultados fueron desastrosos; perdieron la vida muchas de nosotras en aquel vano intento por ofrecer un acercamiento amistoso. Luego llegaron otras ruidosas máquinas a rematar aquel plan de destrucción; desaparecieron viviendas, tranquilidad, el agua clara y limpia del arroyo y hasta especies muy valiosas de la flora y la fauna silvestre.

El tiempo fue pasando y muchas de nosotras fuimos normalizando nuestras vidas, saludamos al viajero madrugador y en cada despertar cantamos al sol, y nos atrevemos a llevar nuestro canto hasta algunas casas contagiando nuestra alegría; pero de nuevo aparece el hombre con nuevas máquinas y una vez más construye Esperanzas, destruyendo todo lo bello que les ofrece la naturaleza. Todo desaparece: árboles, animales, oxígeno; donde había belleza y esplendor, van sembrando muerte y destrucción.

Guacharaca me miró fijamente y mostrándome el cauce casi seco del río, me dijo: - Mira su agua sucia y hedionda, ya nadie puede usarla. A la larga, sólo habrá un seguro ganador: el zamuro, que siempre callado y vigilante lo observa todo.

Aquel encuentro con guacharaca nunca lo olvidaré y siempre tendré presente sus palabras que son un llamado a la conciencia del hombre: *"Nunca hemos comprendido por qué el hombre nos destruye para destruirse a sí mismo"*.

Historia de un Arbol

Todo comenzó hace mucho tiempo, cuando un hombre cortó los brazos de mi padre y nos plantó en una tierra que cariñosamente había preparado para nosotras. Después de introducir uno de mis extremos en la tierra, roció agua sobre nuestros cuerpos y parte de ella penetró en la tierra para humedecerla y permitirnos vivir. Día a día recibíamos la visita de aquel extraño, que al pasar las noches, nos observaba con mirada de esperanza hasta convertirse en nuestro mejor amigo. Recuerdo que debilitado todavía sentía las caricias de sus tiernas -aunque rústicas- manos a través de sus ojos; deseaba una reacción que no se manifestaba; sin embargo, allí lo veía todos los días, a cada amanecer, me daba de tomar un poco de agua y rozaba su mano por mi cuerpo, lo cual hacía estremecer mis fibras más profundas.

Ese roce constante de su piel con la mía fueron estimulando la respuesta esperada: mis poros, por los cuales respiraba, empezaron a abrirse y a través de ellos penetró un aire profundo, como la mirada de mi amigo; mi débil circulación se convirtió en todo un torbellino que con la misma rapidez -en una noche en que a luna lucía más hermosa- reventaron dos de aquellos poros abiertos al mundo y por ellos asomaron tímidamente dos de mis nervios causando gran alegría a mi amigo diario... eterno, porque aún lo siento en la fibra más profunda de mi ser. Su alegría hizo que mi circulación se acelerara, pude entonces constatar que desde el extremo oculto de mi cuerpo -el que había sido enterrado- brotaban también otros nervios por los cuales pasaba agua y otros alimentos a mi frágil cuerpo. Mis nervios continuaron creciendo y luego brotaron dos hojitas y después otras, hasta que me convertí en una hermosa planta de croto.

Que alegría sentí con la visita de la primera mariposa que vino a descansar en mis brazos; hasta conversamos largamente. Nuestro amigo llegó, nos saludó y continuó su camino.

Cierto día la mirada de mi amigo me preocupó, no podía interpretar el mensaje de sus tiernos ojos, sólo capté cierto temor en su interior. Traía una pala en sus manos y algunas bolsas negras con muchos agujeros. Afortunadamente nada pasó. Las bolsas quedaron allí, en el suelo y fueron humedecidas por el rocío mañanero que diariamente llegaba, nos besaba y se despedía dejando en nosotras algo de su ser, con lo cual revitalizaba nuestro existir. Amaneció y más temprano que nunca Amigo llegó presto a trabajar, se sentó a nuestro lado y conversó con nosotras. Nos informó que ese día sacaría nuestras raíces de la tierra para trasplantarnos a las bolsas. No debíamos sentir temor puesto que nada pasaría; allí -en las bolsas- tomarían

más cuerpo nuestras raíces y podríamos desarrollarnos mejor. Así lo hizo, con tanta delicadeza que sus rústicas manos lucían y se sentían más suaves que nunca. Sentí un profundo amor por él; ese mismo amor que hoy sigo sintiendo después de tanto tiempo sin verlo. Mis ramas continuaron creciendo, lucía mis hojas brillantes, respiraba aquel aire purificador y Amigo se sentía orgulloso de nosotras, especialmente de mí -eso creo- puesto que cada día me acariciaba suavemente con sus manos; esas caricias me hacían crecer. Una mañana hasta quise alcanzarlo con mis ramas y abrazarlo con fuerza.

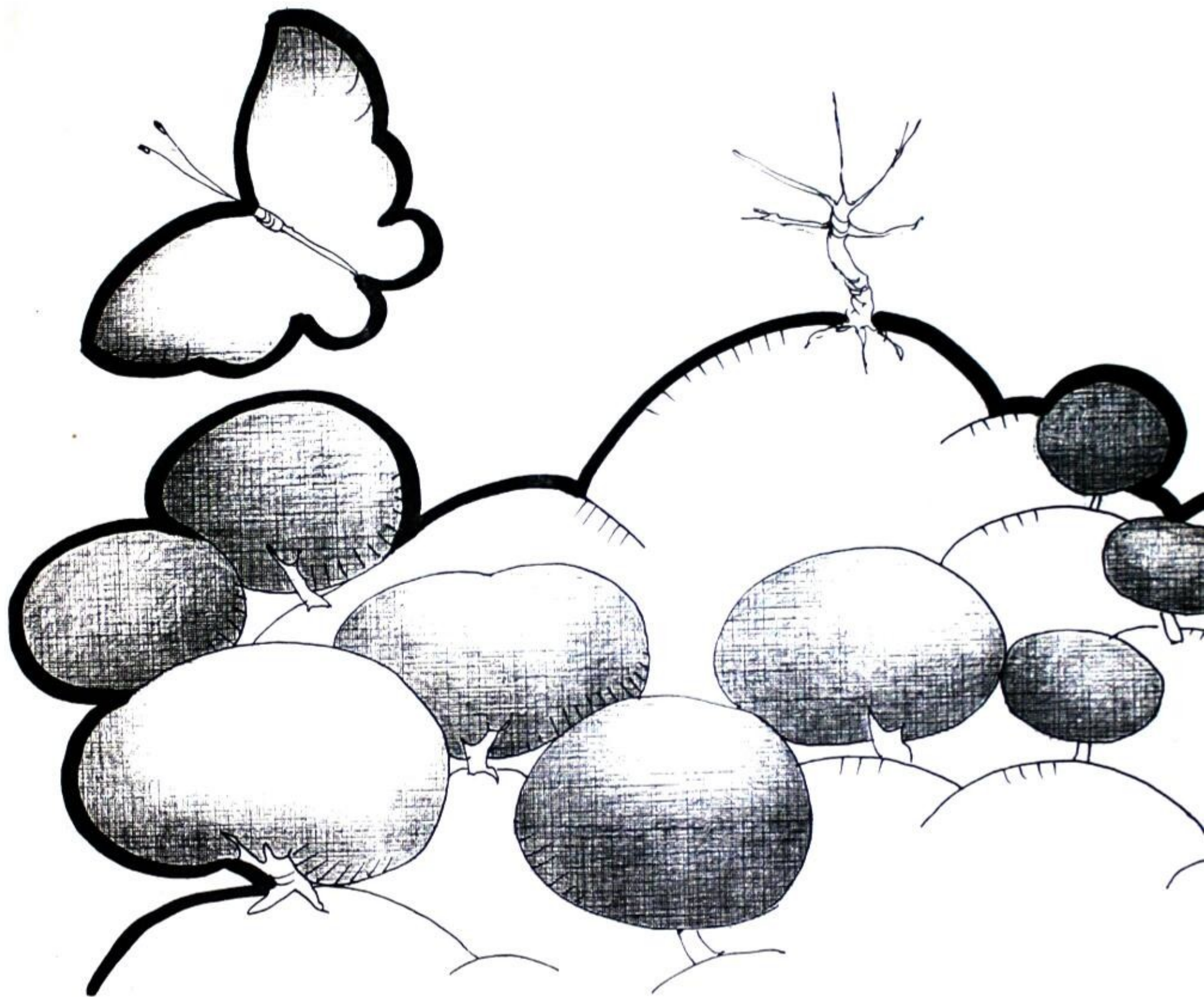
Todo era paz y alegría... plena armonía. Aprendí a reconocer los sentimientos de Amigo; cuando venía triste, aunque se alegraba al vernos, yo captaba su tristeza y cuando llegaba molesto también lo sentía, aunque su mal desaparecía estando con nosotras.

Un día llegó Amigo con otros hombres, hablaron de nuestra belleza, nos alabaron tanto que él no cabía en su cuerpo. ¡Qué orgullosos estaba de su trabajo y de darnos ese amor que nos permitió la vida! Nos tomaron entre sus manos. No sentí temor porque nada malo emanaba de sus cuerpos; pero una gran tristeza invadió mis fibras, presentí que nunca más volvería a ver a Amigo y que tampoco vería más ese grandioso lugar donde comencé esta hermosa amistad con las mariposas y aves tricolores que nos visitaban diariamente.

Fuimos depositadas con gran delicadeza en la parte trasera de una camioneta, al menos eso escuché. Se despidieron Amigo y los hombres que nos cargaron y nos abrazaron con sus miradas. El ruido del motor anunció el inicio de un largo viaje.

Amigo nos invadió con su mirada confusa... alegre y triste a la vez; se despidió y no pude apartar su mirada de mi ser, es más, no quise hacerlo, me la traje conmigo como compañera inseparable por estos paisajes que conocí a medida que avanzábamos hacia nuestro destino.

Ascendimos por una larga carretera y llegamos a un poblado. Nunca había visto tantos niños juntos. El motor dejó de sonar; su silencio anunció el final de nuestro viaje. Los niños gritaban de alegría -ellos siempre están alegres- y con rapidez nos abrazaron y condujeron a un pequeño terreno. Como lo hacía Amigo, nos trajeron agua que tomamos con inusitado placer. La brisa nos había hecho gastar mucha humedad y de no ser por el agua que nos dieron nos habríamos deshidratado.



Pasamos una larga y fría noche. Aquí el rocío es una especie de suave y prolongada lluvia envuelta en una nube blanca y espesa. Pronto amaneció; anhelantes recibimos los primeros rayos del sol.

Extrañé mucho el canto de las guacharacas anunciando el nacimiento de un nuevo día y, más aún, extrañé la visita y las caricias de Amigo. Creo que él también nos extrañó esa mañana. Fui extraída de mis pensamientos por las voces de tres niños que irrumpieron alegres en el ambiente; su ropa era también alegre, como ellos. Llegaron otros, corrieron, jugaron y hablaron de nosotras. Era el gran día. Habría celebración. Todo era alegría. Cantaron y una tela tricolor -que ahora sé, es la Bandera- ondeó en lo alto de un delgado madero.

Escuché con asombro una bella y sensible canción dedicada a nosotras: "Al árbol debemos solícito amor.." y los niños hablaron cosas hermosas, las poesías florales llenaron nuestros pulmones y también bailaron en nuestro honor. Seguidamente un señor habló de nuestra importancia y tres niños nos llevaron a un extremo del terreno donde había tantos hoyos como plantas. Rompieron las bolsas negras y descubrieron algunas de nuestras raíces para introducirlas en los hoyos; nos plantaban para siempre en el suelo fértil; uno de los niños nos llevó agua, así lo hicieron por mucho tiempo. Nos alegrábamos con sus alegrías; nunca nos entristecimos porque aquí los niños nunca están tristes. Crecí con rapidez y pronto me convertí en un bello arbusto; mi tallo servía de "ere" cuando los niños jugaban y algunos hasta se atrevieron a subir a mis ramas. Estaba muy contenta, aunque continuaba extrañando las suaves caricias de Amigo. Cada año llegaban caras nuevas, habíamos sido plantadas en la Escuela de un pueblito en las montañas, donde el salitre y la neblina se mezclan para darnos vida. Pueblo de valerosos indígenas llamados Tarmas.

Allí permanecí por muchos años y en cada primavera escuchaba las hermosas canciones que se entonaron cuando llegamos y hasta hubo un día para nosotras: "el Día del Arbol".

Pasó el tiempo y nadie se dió cuenta de que poco a poco me estaba enfermando. Traté de comunicarme con todos pero niños y hombres estaban y están sordos a nuestras voces, son incapaces de comunicarse. Mis hojas y ramas fueron cubriéndose de puntos blancos. Un animalito minúsculo y parásito invadió mi cuerpo y me tomó como vivienda y alimento, -lo que podía evitarse con un poco de limpieza y cariño-, pero nadie escuchó mis lamentos. Cuando alguien se dió cuenta, ya me encontraba bastante débil, pero recuperable. Fumigaron mi cuerpo pero no resultó. El remedio necesario era una acción radical; para poder continuar la

vida había menester de cortar todas mis ramas enfermas y limpiar mi tallo de parásitos. Lo grité con desesperación hasta que me escucharon.

Sentí una alegría inmensa. Todo se hizo como lo indiqué y comencé a respirar -ya sin hojas- por las partes verdes de mi tallo; lo hice con fuerza, mis fibras casi explotan de tanta energía acumulada, no quería morir.

En estos momentos deseo la presencia de Amigo, él sabe qué hacer. Si hubiese estado aquí no habría acontecido este mal. El nos conoce, nos escucha y sabe cómo cuidarnos. Pasé una larga noche tratando de fortificar mis fibras y estremecerlas como lo hacían cuando Amigo me acariciaba, quería estimular rápido mis poros para que brotaran apresurados mis nervios y tener nuevas ramas. ¡Pero! la tarde de ese siguiente día fue fatal. Los niños corrían alegres, más que antes, pues llegó la Navidad y los hombres y mujeres de la Escuela decidieron tomarme como adorno. Grité, me estremecí, traté de desprender mis raíces, correr, escapar, pero nadie me escuchó ni sintió mis esfuerzos por evitar aquél acto que sólo la ignorancia puede motivar. No pude correr, era imposible. Sentí morir cuando comenzaron a cubrir mi cuerpo con una mezcla blanca y pegajosa que al secarse se endurece y no me permite respirar. ¡Me adornaron para que muriera!, me pregunto ¿Por qué me impiden respirar? ¿Qué hice para merecer tal castigo? ¿Por qué me impiden mi aire?

Estoy vivo... y ahora muero poco a poco; no es suficiente mi deseo de vivir para continuar siendo un hermoso árbol y dar alegría. A través de un pequeño agujero o espacio, que por descuido dejaron descubierto, respiro y observo todos los movimientos de los que me rodean; admiro cómo todos alegres corren y gritan. Con tanta alegría no ven que lloro, que muero lentamente, que me matan sin compasión.

Me adornaron para que muriera, pero sería más dichoso darme vida. Mi muerte los alegrará aún más, pienso ahora; por eso, he decidido no respirar más, no deseo continuar en este mundo ignorante, lleno de sordos y ciegos que matan, sin saber, sus propias vidas. Soy un árbol que muere para alegrar la Navidad de los niños y maestros de escuela.

El Sol y la Nube Azul

*Y aprenderá a ver
en la iluminada
oscuridad
de la noche.*

Buscando la luz del sol, en una fría mañana, subí a la montaña; tras de mí, no sé por qué, pude observar una larga columna de hormigas, termitas, escarabajos y hasta alacranes que, parecida a una gran manifestación, seguían mis pasos.

De pronto me detuve y le pregunté a una hormiga que venía vestida con tela de araña:

- Amiga Hormiga, ¿A dónde se dirigen con tanto estruendo y tanto orden?
- ¿No sabes tú -me respondió- que mañana toda la tierra estallará como un globo de goma acariciado por una espina? Por eso todos marchamos hacia lo alto.
- Pero, ¿cómo saben eso? ¿Y por qué se dirigen a lo alto de esta empinada montaña?
- Nuestro instinto nos ha indicado que nuestra Madre, la Tierra, está enojada. Un animal de dos patas y con mucha inteligencia se ha negado a respetar los legados de las Leyes Naturales y ya el daño ocasionado por su progreso es insoportable. Así se lo hizo saber la mariposa al avestruz, éste al gavián y así, de pico en pico, llegó hasta los escarabajos que volaban en la iluminada oscuridad de la noche.

Yo, sin saberlo, había seleccionado aquella ruta, y allí, entre asombrado y alegre, permanecía quieto, inmóvil, hasta que una hermosa alacrana de coraza plateada y espada en forma de rayo me sacó de mi interior preguntándome el por qué de mi ruta.

Entonces le dije:

- Hoy, antes de caer la brisa madrugadora de cuatro, me desperté, creo que con el canto de la guacharaca, que al conversar con la lechuza, alzó la voz más de lo normal haciéndome salir de mi sueño. Recuerdo que soñaba, entonces, convertido en alondra, jugueteando con las nubes que intentaban atraparme en veloz carrera para hacerme la "ere".

La hermosa alacrana, que ahora lucía sus tenazas plateadas, pero con su cuerpo de un negro aterciopelado, me dijo con insistencia:

- Sí, eso está muy bien, pero no has respondido a mi pregunta... ¿Por qué escogistes esta ruta?

- Bien, es un instinto natural que me hizo llegar hasta aquí, tratando de ser el primero en recibir los nacientes rayos del Sol, que con timidez aparecerán en estos momentos allá en lo alto.

En eso, una termita que cabalgaba sobre una oruga acelerada, nos indicó:

- ¡Subamos pronto, tenemos que saludar al Rey Sol!

- ¡Sí, vamos rápido, ya va a amanecer!

- ¡Hola, amigo Sol! -gritamos todos.

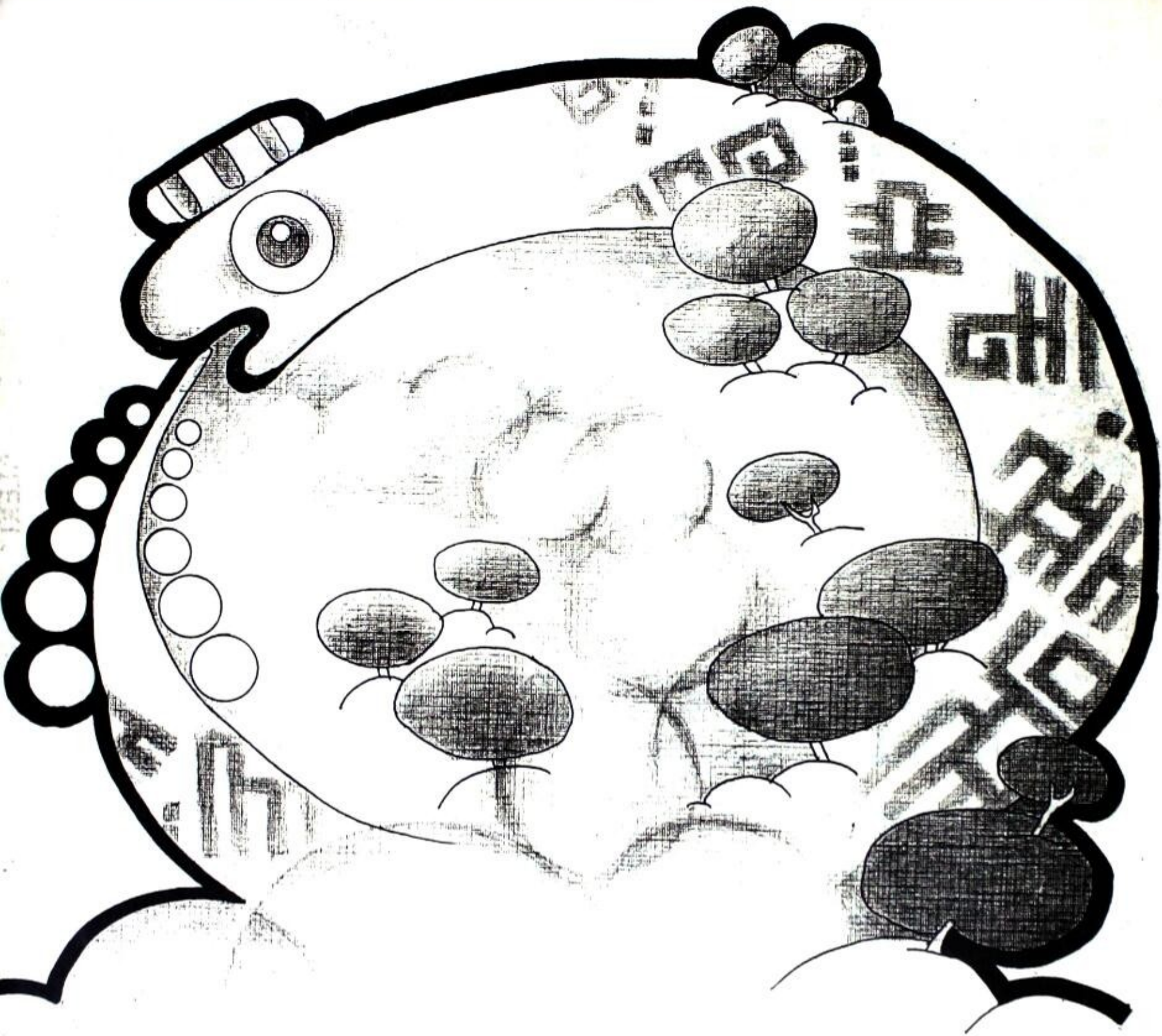
Aquel fue un grito tan fuerte que despertó a las nubes que aún dormían y, que en veloz carrera, ocultaron al Sol, pues se detuvieron exactamente entre él y nosotros. Desde allá atrás nos respondió:

- ¡Hola todos! Buenos días tengan ustedes.

- ¡Que así sea! -respondimos.

- Pero tememos que no sea así -respondió un viejo alacrán cansado del trajín.

- ¿Y eso por qué? -preguntó el Sol.



La mariposa mensajera, que llegó en ese momento, explicó todo al Astro Rey. El Sol, como está tan alto, todo lo ve y todo lo sabe, nos dijo muy tranquilo:

- Sí... ya lo sé todo y he preparado una salida para ustedes.

- Pero... ¿y qué pasará con el resto del mundo? -preguntamos al unísono.

- Aquellos que, como ustedes, busquen y consigan mi luz y la sabiduría, salvarán sus vidas; al resto, la ceguera en que se encuentran y la sordera a la que los ha conducido su ignorancia o ambición, no les permitirán ver más allá de lo que se merecen. ¡Todo lo tienen!

- ¿Cuál es esa salida? -le pregunté más tranquilo.

- Cuando la Nube Azul del infinito mar no permita ya alumbrarlos directamente, vayan, entonces, a los rayos de mi cuerpo que caerán sobre las montañas y podrán venir conmigo a través de ellos, la claridad de su interior y la luz de la tarde moribunda los conducirán.

Así pasó, y todos, en el mismo orden en que venían fueron ascendiendo hasta lo alto para ocultarse tras la gran nube del infinito mar Caribe.

A todos ví subir, pero sin mucho asombro, me dí cuenta que no había subido ningún animal de dos patas y mucha inteligencia.

Entonces, quise regresar, pero me fue imposible. Yo ya no era yo. Para mi bien me había convertido en un bello ejemplar de cascabel...

Siete Niños

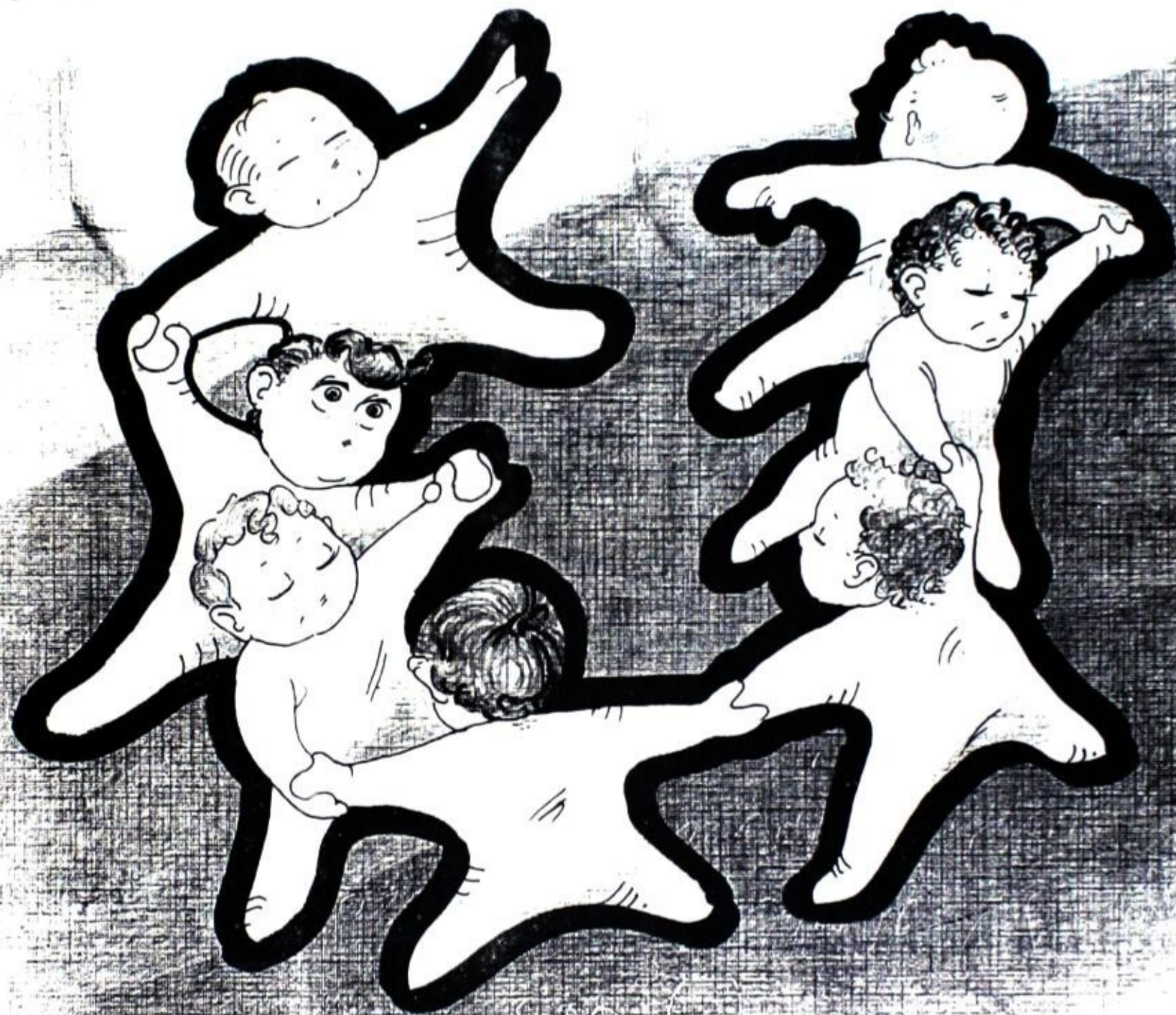
*Al Poeta
Ramón Paz Ipuana.*

Hace algunos años, durante los meses de Marzo y Mayo, siete niñitos traviesos y muy alegres, salen a recorrer el mundo, llevaban consigo la firme intención de vivir increíbles aventuras. Partían desde el seno mismo de una patria bella. Andan por caminos polvorientos, altas montañas e interminables sabanas, observan entonces que algunos árboles robustos florecen y se visten de un sólido amarillo -son ellos el Araguaney, la Tara, el Saúco- Por los espinosos caminos de esta bella Patria, que los conducen a la eternidad, las planticas también florecen y los saludan al pasar; también ellas se visten de amarillo intenso, como la Arnica, el Marigor, la Flor Amarilla, el Abrojo y la hermosa Flor de Mayo.

Pronto han de unirse a estos siete niños, que viven un mundo semejante a un cálido amanecer, amarillo como el mismo sol, cantarines pájaros que los acompañan en su caminar, alegrando aún más su aventura; como los árboles y plantas del camino, ellos visten de amarillo, escuchan entonces el trinar del turpial, arrendajos, gonzalitos y guaijanes.

Cansados de andar a pie, precisan de medios para transportarse y toman siete caballo blancos regalo de la sabana; siete briosos animales que, como si fueran aves, atraviesan valles, montañas, ríos, hondonadas, hasta llevarlos al inmenso mar azul, un azul que en toda su extensión se une al azul del cielo. Dos inmensidades que obstaculizan el viaje de estos siete aventureros niños. Sucede entonces algo maravilloso, los siete caballos blancos que no pueden cruzar la hermosura del azul marino, se convierten en siete barquitos blancos de papel, que en aquel tan grande mar parecen siete estrellitas minúsculas, que en la claridad de la noche ancestral, toman prestada la luz de la luna llena y se reflejan en el cielo. Son siete estrellas que cruzan este cielo azul buscando al amanecer, trazando la aurora de un nuevo día eterno y lleno de libertad. Forman en su trayecto una linda constelación llamada Las Pléyades.

Cuando llegan al otro extremo del mar, la tierra se encuentra convulsionada, la guerra se ha desatado. El hombre en su afán destructor y opresivo ha roto la tranquilidad natural de esos parajes y estos siete niños, amantes de la Libertad y del Saber, riegan su sangre luchando sin descanso para implantar la Justicia y el



Conocimiento. Pero una vez que han liberado pueblos, fundado naciones y dado ejemplos imborrables, mueren y riegan sus huesos en todas las tierras que pisaron sembrando la paz; quedan sumidos en la tierra como recuerdo imperecedero de su eternidad: Gual en Trinidad; Miranda en España; Sucre en Ecuador; Bolívar en Colombia; Simón Rodríguez en Perú; Bello en Chile; Vargas en Estados Unidos.

Al despertar todos en el infinito, se dan cuenta con alegría que están cubiertos con un manto tricolor: amarillo, azul con siete estrellas blancas y rojo, como recuerdo de su patria bella : **Venezuela.**

Historia de un río

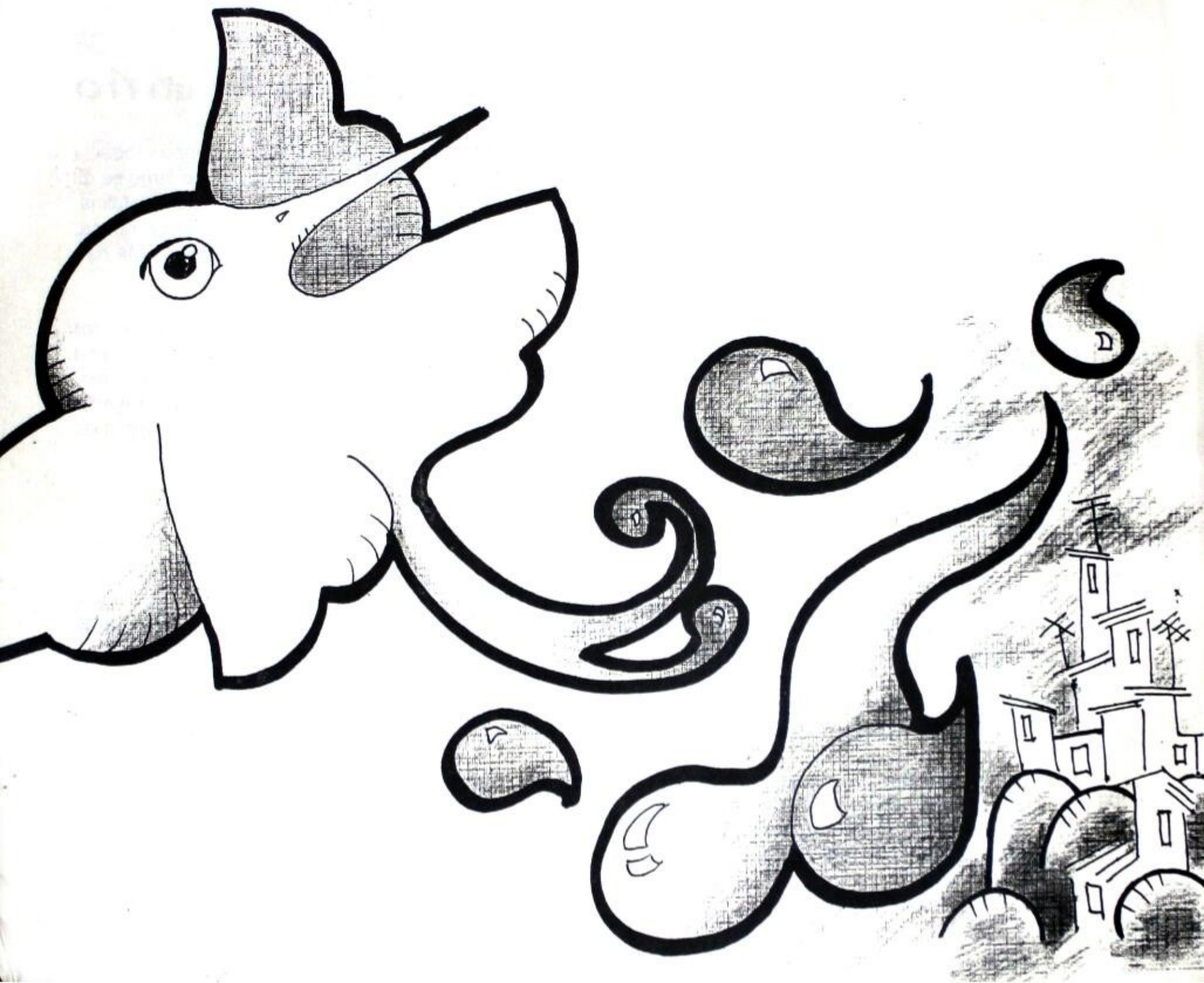
Ahora sé por qué existo, me lo dijo el Colibrí. Nací gota a gota al pié de una roca hace mucho tiempo y todavía la observo aquí, estática, inmóvil, negándose a correr conmigo. Mis raíces son profundas como largo es mi camino y doloroso mi pesar; me divido en dos partes totalmente opuestas: una interna, que fluye cristalina, con deseos de vivir y de dar vida, de amar y ser amada, de gozar y dar gozo; la otra externa, oscura, opaca, espesa, hedionda y fea. Esta, siembra de nuevo la desesperanza, el angustioso vivir, el dolor. Me han convertido en un arma de doble filo, en un muñeco de dos caras.

Al principio todo fue alegría, armonía, risa, cantos, chapuzones, saltos, salir de un interior profundo y penetrar a otro en venas y raíces para volver a salir; por eso, el venado me puso nombre: *"La Esperanza hecha Riachuelo"*. Me duele no ser ahora esa esperanza. Tuve muchos amigos, todos con nombres distintos: Roble, Cují, Indio-desnudo, Pedro, Cachicamo, Chirulí, Apamate, Juan, Luis, Bucare, Venado, Rabi-pelado, Luisa, Mariposa, Tigre, Cardón, Mango, María, Mamón, José, Eleazar, Hiyomari... a todos daba alegría de ser y estar, de permanecer.

A veces me vestía de blanca neblina para llegar alto a llevarle un poco de mi ser al Cardón, a la Tuna, la Tiña y también a la Orquídea.

Camino abajo, donde encontraba yo una piedra alta, saltaba y formaba un remolino que socavaba el suelo haciendo un hoyo. Allí se tranquilizaba mi dinamismo, mi incansable correr y saltar; allí mismo se formaba un pozo de esperanza y alegría. Sedimentaba lo que en mí venía, nacieron los Mosquitos, Zancudos y otros pequeños animalitos que cantan al volar, vino a tomar el Tigre cauteloso y la perseguida Lapa, la Guacharaca bullanguera y arisca también vino. Alimenté a un grueso tronco de mango que pronto me regaló algunos frutos dulces. Pedro, Juan, Luis y María lo descubrieron; por eso venían siempre, comían y se bañaban, se jugaban, se tiraban, empujaban, abrazaban. Me complacía dar tanto gozo, mi ser se sentía orgulloso.

Ahora no me visitan, les doy asco, no les agrada mi aspecto ni tampoco mi aroma, los mangos no los comen. Estamos destinados a la soledad, condenados a morir irremediablemente; mientras la esperanza es desolación, porque ahora crezco, me ensancho como la madre cuando va a parir, pero soy ahora la muerte aún para el lejano mar.



Hace tiempo escuché ruidos que nunca había sentido, el Colibrí me contó que en las altas montañas cercanas a mi nacimiento hombres y máquinas rompían la tierra, clavaban vigas de hierro y construían largas casas. El vibrar del suelo me hacía cosquillas y mi boca se agrandó. En eso llegaron cansados, agotados, asustados muchos animales; sus viviendas y hogares fueron destruidos, los árboles desprendidos de sus raíces que ahora se elevaban en señal de dolor. Los más pequeños y menos rápidos en su andar fueron mezclados con la tierra... trituradas hojas, sangre, carne y tierra se convirtieron de pronto en un solo cuerpo adolorido.

Temblé de miedo, esas noches y esos días de oscuridad son eternos.

En las viviendas construidas, -me dijo el Colibrí-, encerraron gran cantidad de animales parecidos a los revoltosos báquiros -que ahora sé se llaman cochinos por su manera de vivir- y en otras construidas en las montañas vecinas encerraron aves semejantes a la Gallineta, como la elegante Guacharaca, pero más grandes. Pensé que eso sería bueno; algún día serían liberadas y vendrían a jugar conmigo. Motivé a todos los animales que calmaban su sed en mi existencia para que se organizaran y acudieran en auxilio de sus hermanos Cochinos. La estrategia sería la siguiente: ayudados por la oscuridad de la noche llegaría escurridizos a las grandes viviendas, los cachicamos construirían túneles entre el exterior y lo interno, por ellos entrarían cautelosos todos dando noticia de libertad.

Así se hizo, pero fue inútil, no conocían la palabra libertad, habían nacido cautivos y toda su libertad era comer y dormir. La falta de comunicación con el exterior les impedía conocer otra forma de vida que no fuera su libre esclavitud en cautiverio. Todos gritaron, el estruendo fue tan grande que aquí, en mi nacimiento, lo escuché; los hombres que dormían se levantaron, los animales libres del monte corrieron saliendo a gran velocidad por los túneles.

Sucedieron dos cosas que aún me causan dolor: un cochino en el alboroto formado, corrió con los que salían y llegó tembloroso a mis orillas. Allí estuvo el resto de la noche dando gritos, llorando de soledad, la Libertad le daba miedo. Al amanecer todos intentamos calmarlo dándole esperanzas de una mejor vida; pero fue inútil, no logró comprender, quería comer, no pensaba en otra cosa y, en la libertad, no sabía qué hacer. Sus chillidos llegaron hasta los oídos de los hombres que, machete en mano, bajaron hasta mi seno, el cochino los vio llegar, metió el rabo entre sus piernas, tembloroso -pero contento- fue a su encuentro, besó los pies del amo y alegre fue con ellos a su reducida libertad. El segundo hecho doloroso que sucedió esa noche fue

la atrapada de un Chácharo por dos hombres en uno de los corrales. Lo arrinconaron, sus gritos de auxilio no fueron escuchados debido al ruido de los cautivos. Intentó escapar pero no pudo, atacó con fiereza a los captores, todo fue inútil, fue atrapado con la ayuda de los cochinos; lo enlazaron y le amarraron sus cuatro patas.

En la mañana siguiente fue conducido como reo de Estado al patio central; sin mucho protocolo lo enjuiciaron por revoltoso y revolucionario. Lo condenaron a cadena perpetua -hasta que decidieran comérselo, después de una deshonrosa ejecución- Estuvo cautivo varios días, triste, rebelde, pensativo, dando golpes a los maderos de la celda; estaban fuertemente enterrados, no pudo escapar. La tristeza y la falta de Libertad lo acabaron en pocos días, lo arrojaron a la quebrada donde retornó a la libertad convertido en rico abono y alimento para otros animales y plantas.

Costó volver a la calma; es más, desde entonces no hemos disfrutado de un minuto de quietud y descanso, puesto que los mismos hombres y sus descendientes, día a día, persiguen y matan a todo animal que se mueva y el agua que viene desde las viviendas lo contamina todo.

Ahora recuerdo bien aquella primera vez. Escuché como una nota musical agradable y tranquilizadora se me acercaba. Un nuevo riachuelo se unía a mi cauce; pero, que decepción y que desgracia infinita, el líquido que se mezclaba a mi cristalina esencia era espesa, negra y despedía un fuerte olor que hizo huir hasta el más mínimo signo de vida que yo albergaba en mis venas. Por eso ahora mi cauce se ha convertido en una horrible quebrada de agradables notas musicales que se sienten con placer, pero causan desagrado cuando se ven.

Ultimamente mis amigos no vienen a visitarme, permanezco solo en esta horrenda oscuridad. Camino abajo se van uniendo otras quebradas similares que aumentan la contaminación provocando un hervidero de gusanos en mis entrañas... Ya no soporto esta vida. No soporto el desprecio de los niños que me escuchan y se cubren la nariz y los ojos para no verme ni sentirme. No soporto continuar causando tanto daño a plantas y animales que ya no desean tomar mi ser para alimentarse; hasta los peces del mar protestan mi llegada a sus aguas, sólo el hombre gusta de bañarse en ellas. Muero desconsoladamente y me duele aún más porque el usurpador sembrará la muerte y las enfermedades en todo su alrededor, dentro de poco reinará la soledad y la destrucción.

Lo lamentable de ésto es que soy salvable, que el hombre, animal irracional causante de tanto daño puede remediarlo y no lo hace; sin darse cuenta está creando las condiciones para su propia muerte... lenta y segura destrucción.

Alexi José Rojas

Nacido en septiembre de 1951. Se gradúa de Maestro en 1968 y se dedica al trabajo docente en el medio rural: Galipán y Tarmas. Su contacto directo con la naturaleza lo hace internalizar el sufrimiento de los elementos naturales impactado por la acción destructiva del hombre; de allí el motivo central de sus cuentos.

Consciente de que la imprenta es el arma de la conciencia para combatir la mediocridad y el oscurantismo, inicia, en 1974, una carrera bastante acelerada de publicaciones que culminan con la fundación del Fondo Editorial "El Tarmeño".

Entre sus publicaciones podemos enumerar: "Viejo saber del pueblo", "La Wajira nuestra Amiga", Apuntes Biográficos de Manuel Gual, de José María España y Juan José Breca, "La Guaira, Puerto de Caracas", "La Voz Guaira en América", "Arte Rupestre del Municipio Vargas", entre otras.

Se inicia en el mundo artístico en 1970, haciendo Teatro popular, luego se hace investigador, pintor, poeta, artesano, escritor y actualmente se desempeña como Director de Cultura y Deportes de la Alcaldía del Municipio Vargas.

Son muchas las organizaciones culturales que nacen como producto de sus infatigables aportes junto a otros trabajadores culturales: Grupos de Teatro "Errante sin Tablas" y "Bravo Pueblo", el "Centro Experimental de Estudios Culturales" (CEDEC), "Asociación de Escritores de La Guaira", Revista infantil y Fondo Editorial "El Tarmeño", Centro de Protección de la Historia Tarmense, Movimiento Ambientalista de Carayaca, Revista "Caracola", Cine-Club "Tarmas", Grupo de Rescate Ecológico "Marapa" y Museo Arqueológico "Marapa", entre otros.

